

LAS ALTERNATIVAS

Por EDUARDO HARO TECLEN

HAY crisis en los organismos clásicos que estructuraron el mundo de hace un par de años; otros organismos de recambio tratan de apuntar, de formarse. La OTAN se ve privada ahora de los barcos y los oficiales navales franceses. La medida ofrece más ruido que nueces: eran prácticamente cáscaras de nuez los escasos navíos que Francia había puesto al servicio del mando atlántico. Pero el ruido de la medida es más importante: supone que De Gaulle continúa insistiendo en sus propuestas de revisión general de la estrategia atlántica —revisión que consiste en que cada país participante conserve su personalidad militar dentro del pacto: es decir, la aplicación de la línea general francesa de regreso a los nacionalismos—, que indudablemente afectan a la filosofía interior del Tratado. Hay crisis también en el Cento, o sea el pacto de Oriente Medio entre Gran Bretaña, Turquía, Irán y Pakistán; en el que los Estados Unidos no participan más que como «observadores principales», pero del cual son realmente creadores y mantenedores, como lo prueba que su reunión actual se haya celebrado en Washington y que el discurso de apertura lo haya pronunciado Dean Rusk esgrimiendo los viejos fantasmas que un día sirvieron para la efímera cohesión: «La amenaza de agresión comunista sigue existiendo». El ministro británico de Asuntos Exteriores, Butler, ha pedido, en cambio, la reforma del Cento aludiendo a que la amenaza «tiene formas cambiantes»: mientras que el secretario general del organismo y el delegado turco coincidían en afirmar que los viejos problemas que existían en Oriente Medio cuando se creó el Cento siguen existiendo hoy, con el añadido de nuevas fuentes de tensión «extremadamente peligrosas». La dislocación Moscú-Pekín ha ofrecido nuevas muestras. El 1 de mayo, los chinos no fueron invitados al desfile de la Plaza Roja: no pudieron ver algo que debía haber sido grato para su política, el desfile de lo que la Agencia Tass ha llamado «una nueva arma formidable», sin más detalles, pero que los observadores militares occidentales —que todos los años, por estas fechas, clavan sus miradas en el desfile de Moscú— consideran como unos cohetes de dos pisos aparentemente destinados a interceptar los aviones de vuelo bajo y rapidísimo —como los Mirage IV franceses—, que hasta ahora se consideraban como prácticamente invulnerables. Al mismo tiempo, en Pekín, los manifestantes del primero de mayo aparecieron con grandes retratos de Stalin en la Plaza de Tian-an-Man. Otro organismo reveló sus crisis estos días: la Conferencia del Desarme de Ginebra, que ha suspendido sus trabajos por seis semanas —hasta el 9 de junio— ni conseguir siquiera llegar a un acuerdo sobre el balance de los tres meses de reuniones inútiles, de «diálogo de sordos».

A cambio de estas crisis, otros organismos apuntan. Tendrán o no la vida larga, dejarán lugar a otros más importantes o perdurarán: todo esto pertenece al secreto del futuro. Pero son un síntoma. Uno de ellos es el que se llama «Fundación atlántica para la paz», y ha sido creado en Londres —con oficinas en Nueva York y en Beirut— por el infatigable teórico Bertrand Russell: un teórico que ha conseguido llegar en muchas ocasiones a las masas. Figuran en el Comité el duque de Bedford, la reina madre de Bélgica, Pablo Casals, Danilo Dolci, el premio Nobel de física Max Born, el de química, Puling, y el Pandit Nehru.

Con menos brillo, con menos nombres, un curioso comité de «expertos» va a iniciar a principios de junio una serie de reuniones de algo que podía ser una institución permanente de la mayor trascendencia. Se trata de una reunión de soviéticos y americanos (financiada por la Fundación Ford que ha dado 325.000 dólares), que va a celebrarse a primeros de junio en Cambridge, cerca de Boston: uno de los principales centros de la cultura universitaria americana. Se ve por estos detalles que se trata de dar a la reunión un cariz aparentemente privado, sin duda porque ninguno de los dos gobiernos quiere exponerse a un fracaso. Pero se sabe ya que por parte americana han intervenido la Casa Blanca y el Departamento de Estado, y no se duda de que la delegación soviética —dirigida por un general de reserva y profesor de ciencias atómicas— tiene la confianza de su Gobierno. Los temas de la reunión se pueden concretar en uno: cómo profun-

dizar el entendimiento entre el Este y el Oeste. Va a tratarse particularmente de los medios posibles de prevenir un conflicto nuclear y estabilizar la paz; el problema de los cohetes-anticohetes; la reducción de los antagonismos mundiales; el alcance de las limitaciones en la producción de materias físis y la evolución general de las relaciones entre el Este y el Oeste: ésta es, por lo menos, la agenda americana según la relata el corresponsal en Washington de «Le Monde». Si esta reunión da resultado, habrá una segunda reunión en territorio soviético, y posteriormente se harán otras con invitaciones a británicos y franceses. No debemos esperar resultados sensacionales, por lo menos públicos: las reuniones, que durarán dos semanas, serán secretas y no se publicará ningún comunicado oficial.

* * *

En este camino de la paz probablemente el asunto de mayor importancia haya sido el discurso de Erhard pronunciado en la plaza de la República de Berlín el día primero de mayo. Hasta el año pasado, estos discursos eran arengas y se dirigían principalmente a la maldición del «muro», y al levantamiento de ánimos bélicos. Lo sorprendente es que este año Erhard ha declarado que Alemania, «consciente de los crímenes del nazismo, comprende las inquietudes legítimas de la URSS» y que «desca en sus relaciones con la Unión Soviética y con los Estados del este europeo un orden perdurable, equitativo y al servicio de una paz verdadera».

Una parte de la sorpresa de esta actitud de Erhard desaparece leyendo el último número de abril del semanario alemán «Quick» donde aparece una entrevista con el Presidente Johnson, quien dice literalmente que él pidió a Erhard en su última entrevista «que lo intentase todo para llegar a un mejor entendimiento con los rusos y, sobre todo, para tratar de quitarles sus temores» (se refiere a los continuos temores expresados por Krutchev y los políticos soviéticos sobre un renacimiento del belicismo alemán, foco de todos los conflictos europeos de los últimos cien años y autor, entre otras cosas, de los siete millones y medio de muertos que tuvo la URSS en la última guerra). Es probable que la indiscreción de Johnson —que hasta ahora no ha sido desmentida por la Casa Blanca— perjudique a Erhard, puesto que muestra que la política exterior alemana viene dictada desde Washington. Lo que ocurre es que cuando Washington dictaba la guerra fría tenía mejor acogida en Bonn que ahora, que trata de apaciguar. El país ha obtenido muy notables beneficios económicos —el «milagro alemán»— de su posición política y militar, y un nuevo sistema de relaciones asusta a los que tienen la mirada corta. No, por cierto, a quienes la tienen larga: Krupp, el gran industrial de todas las guerras, tiene ya instaladas oficinas en Moscú y se dispone a trabajar en colaboración con la URSS. Es el primer industrial occidental que lo hace así, hasta ahora es el único: pero hay que recordar que si los cañones de Krupp han perdido ya varias guerras, la empresa Krupp no ha perdido nunca.

Erhard y Johnson van a conferenciar de nuevo durante el mes de junio. Hay que pensar que en esa entrevista se perfilará, aún más el nuevo entendimiento previsto entre la Alemania Federal y la URSS. Se ha hablado ya de una visita de Erhard a Moscú, como se habla también muy insistentemente de un viaje de Krutchev a Bonn (está fijada, sin fecha, en las agendas diplomáticas: se trata de la protocolaria devolución de visita por la que hizo Adenauer a Moscú en 1955).

Sin embargo, hay que creer que la más inmediata entrevista entre alemanes y soviéticos no será bilateral, sino tripartita: esto es, en presencia de los norteamericanos. Un encuentro Washington-Bonn-Moscú, probablemente celebrado entre ministros de Asuntos Exteriores como preparativo de una reunión más elevada, sería muy conveniente para los alemanes que temen acudir solos a esta reunión, y para los norteamericanos, que, al mismo tiempo que intentarían eliminar uno de sus mayores obstáculos para el entendimiento con la URSS —la opinión contraria de las clases dirigentes de Alemania—, aprovecharán la ocasión de molestar profundamente a De Gaulle.